



realidad económica

Nº 337 · AÑO 51

1º de enero al 15 de febrero de 2021

ISSN 0325-1926

Páginas 67 a 88

AGROECOLOGÍA

XIII Jornadas Nacionales de Investigadores en Economías Regionales

Los sistemas participativos como dispositivos de diferenciación y valorización

María Florencia Marcos*, Matías Berger** y Juan Martín Casco***

* Magíster en Políticas Ambientales y Territoriales y docente de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (FFyL-UBA). Doctoranda en Antropología. Becaria doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) en el Centro de Estudios Urbanos y Regionales, Saavedra 15, Piso 6 (C1083ACA), Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina. florenciamarcos@conicet.gov.ar

** Licenciado en Sociología de la UBA. Doctor en Antropología de la FFyL-UBA y magíster en Ciencias Políticas y Sociología de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO). Investigador adjunto del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) en el Centro de Estudios e Investigaciones Laborales (CEIL), Saavedra 15, Piso 4 (C1083ACA), Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina. enriqueberger@hotmail.com

*** Tesista en la licenciatura en Ciencias Agrarias de la Universidad Nacional Arturo Jauretche (UNAJ), Av. Calchaquí 6200 (1888), Florencio Varela, Buenos Aires, Argentina. juam.casco@gmail.com



Resumen

Durante los últimos años, la agroecología, en tanto forma alternativa de producción de frutas y verduras frescas, formó parte de discursos, prácticas y directrices desde diversos ámbitos: académicos, de políticas estatales y de organizaciones de productores y productoras. Los sentidos que se le atribuyen a este modo de producir suelen asociarse a prácticas de sustentabilidad y de soberanía alimentaria. En este artículo nos proponemos indagar la configuración de un dispositivo de diferenciación de estos productos denominado "Sistema Participativo de Garantía". Particularmente, buscamos analizar qué visiones acerca de cómo producir, qué y para quiénes se imbrican en la creación de formas de regular la producción. A partir de una perspectiva etnográfica, analizamos el modo en que organizaciones de productores, agencias estatales y universidades nacionales se encuentran en la creación de una distinción al segmentar alimentos a partir de movilizar atributos de estos cristalizados en la producción agroecológica.

Palabras clave: Sistemas Participativos de Garantías – Agroecología - Horticultura - Organizaciones

Abstract

XIII National Conference of researchers in regional economies

Participatory systems as devices for differentiation and valorization

In recent years, agroecology, as an alternative form of production of fresh fruits and vegetables, has been part of discourses, practices and guidelines from various fields: academics, state policies and producer organizations. The meanings attributed to this mode of production are often associated with practices of sustainability and food sovereignty. In this article we propose to investigate the configuration of a differentiation device for these products, called the "participatory guarantee system". In particular, we want to analyze visions about how to produce, what, and for whom are involved in creating ways to regulate production. From an ethnographic perspective, we analyze the way in which producer organizations, state agencies and national universities find themselves in the production of a distinction by segmenting food by mobilizing attributes of these crystallized products in agro-ecological production.

Keywords: Participatory Guarantee Systems – Agroecology - Horticulture – Organizations

*“La mercancía no es un tipo de cosa en vez de otra,
sino una fase en la vida de algunas cosas.”*
(Appadurai 1990, p.33)

Introducción

Con el objetivo de indagar sobre formas emergentes de producción y comercialización alternativa, desde 2017 comenzamos a realizar visitas a una organización de horticultores en el periurbano bonaerense que practican un modo de producir en transición a la agroecología. La organización está conformada por un grupo de casi veinte familias, la mayoría de ellas de migrantes bolivianos que trabajan en la zona desde hace, al menos, una década. En algunos casos empezaron como trabajadores empleados en quintas o como medieros en algún predio hortícola. Ahora, la mayoría de sus integrantes trabaja en parcelas que alquilan y son los que dirigen la producción.

A partir del momento que empezamos el trabajo de campo notamos cómo muchas de las actividades de la organización estaban atravesadas por instituciones estatales, ya sea grupos de investigación y extensión de las universidades, agencias de tecnología agropecuaria u organizaciones de consumidores. De todo este entramado de relaciones fueron surgiendo ideas y representaciones en conjunto con la organización acerca del modo en que se producen los alimentos, para quiénes se producen y la forma en que se ofrecen. Específicamente, lo que queremos indagar en este artículo corresponde a una forma de diferenciar y segmentar alimentos a través de la creación de un Sistema Participativo de Garantías (SPG). Estas formas de identificación tienen una trayectoria en Argentina de la cual han participado desde municipios hasta agencias gubernamentales de nivel nacional. Las experiencias fueron diversas y se encuentran en diferentes regiones. Las visiones con las que se crean no son siempre homogéneas y en su producción suelen converger diversas instituciones (Fleitas y Ahumada, 2012).

En 2018 empezamos a participar de las reuniones que se daban en el predio de la organización en función de esta modalidad específica de identificación de productos agroecológicos. Esta idea había sido motorizada por un grupo de una universidad donde los productores realizan una feria dos veces por mes. En las reuniones de las que participamos se desplegaron una serie de cuestiones que nos interesa analizar: el modo en que se arma un dispositivo de identificación para alimentos, desde dónde se produce y los diferentes sentidos que se expresan en el discurso acerca de las formas de producción y circulación de alimentos.

Hemos adoptado una perspectiva de investigación etnográfica que entiende la observación y participación como un proceso vivo (Quirós, 2014) en cuyo transcurso buscamos comprender fenómenos sociales a través de la perspectiva de los sujetos. Que constituya un proceso vivo implica que la forma desde donde explican y narran sus puntos de vista es vivencial.

Para Guber (2001) las etnografías “no solo reportan el objeto empírico de investigación –un pueblo, una cultura, una sociedad– sino que constituyen la interpretación/descripción sobre lo que el investigador vio y escuchó. Una etnografía presenta la interpretación problematizada del autor acerca de algún aspecto de la “realidad de la acción humana” (2001, p. 15).

La descripción etnográfica permite, como advierte Marcus (2001), comprender la circulación de significados, de objetos y de identidades. En parte, en este trabajo seguimos el hilo conductor de procesos culturales más allá de una localización. La producción del Sistema Participativo de Garantía fue un proceso que nos condujo desde el espacio de la organización a las ferias y a otras organizaciones que se encontraban en la misma trama de segmentación de su producción agroecológica. Seguir parcialmente la recomendación del autor nos permitió pensar el proceso local de creación del SPG en la producción agroecológica desde la perspectiva de los horticultores organizados pero, a su vez, nos habilitó a seguir la circulación de esas mercancías en tanto se le asignan atributos que tienen sentido en lugares específicos.

A partir del análisis de nuestros registros de campo analizaremos la producción de una práctica de regulación para captar los sentidos que le atribuyen los sujetos

participantes en el campo. Esto incluye comprender los motivos por los cuales se produce como algo “necesario”, y, finalmente, la forma en que la producción es recreada por los mismos sujetos participantes.

La transición agroecológica: entre las mediaciones sociales y la producción de alternativas

En la siguiente sección abordaremos una descripción del espacio en donde se emplazan las prácticas de la organización con el objetivo de poder describir este territorio de forma sintética atendiendo, en particular, a la complejidad de las zonas en que se ponen en tensión las actividades propias de la ruralidad y las de la ciudad.

Para González Maraschio (2018, p. 112), la interfase urbano-rural es un territorio de transición y continuidad que se da entre la ciudad y el campo configurado en los ámbitos rurales de las periferias de las grandes urbes. Esta noción, aclara la autora, nos permite dimensionar el modo en que tanto las actividades económicas como los sujetos sociales de origen urbano y rural “coexisten, se alternan y compiten por el uso de un territorio heterogéneo y dinámico”.

La organización donde realizamos nuestro trabajo de campo se emplaza en una zona de producción agropecuaria, a unos escasos kilómetros del centro de una ciudad del sur del conurbano bonaerense. En las proximidades de los diversos predios donde trabajan los integrantes de la organización se asientan actividades agrícolas ganaderas diversas como el tambo y la cría de animales a corral. En la zona también encontramos establecimientos de turismo rural y de recreación.

Como muchos otros espacios donde se asientan actividades hortícolas, la cercanía con la ciudad y las vías de accesibilidad a los mercados son claves para comprender el asentamiento y la persistencia de este tipo de actividades. Se producen alimentos frescos para el consumo diario de las poblaciones.

Históricamente, esta zona brindó este tipo de servicios. Comenzó como una colonia en el marco de las compras de tierras que realizaba el Instituto Autárquico de Colonización (IAC). Y, si bien a principios del siglo XX se encontraban en este

lugar cultivos de maíz, avena y actividad ganadera, hacia 1940 fueron el tambo y la granja las actividades características (De marco, 2012). En 1947, se creó la colonia 17 de octubre y, cinco años después, se establecieron las primeras 160 familias en lotes de entre cinco y diez hectáreas. Gran parte de los asentados en el lugar eran inmigrantes italianos y japoneses, y en menor medida lo ocuparon inmigrantes de España y Portugal (De marco, 2012).

Una cuestión recurrente en los estudios acerca de las características del periurbano (Barsky, 2010; García, 2015; y González Maraschio, 2018) es la competencia que existe en esta interfase por la renta del suelo, la competencia del suelo agrícola y el suelo urbano. Otros de los tópicos habituales se relacionan con las tensiones con la ciudad, enmarcadas como conflictos ambientales (Domínguez 2009).

A nosotros nos interesa describir este territorio en función de las actividades de la organización. Nos referimos a la forma en que sus integrantes producen los vínculos con el espacio en que habitan y al modo en que este lugar cobra un significado particular de acuerdo con la forma en que deciden producir, que es la transición hacia la agroecología.

Vamos entonces a comprender esta interfase urbano-rural como margen, como lo otro del centro. Este espacio periférico se puede pensar en torno a lo que proponen Das y Poole (2008, p. 25) al trabajar los márgenes del Estado. Una de las ideas de margen a la que abreven las autoras es en torno a la legibilidad e ilegibilidad. Allí, el Estado está de forma constante siendo experimentado y deconstruido mediante la ilegibilidad de las propias prácticas. Por ello nuestra estrategia metodológica es etnográfica ya que, como anuncian las autoras, “la etnografía ofrece una perspectiva única del tipo de prácticas que parecen deshacer al Estado en sus márgenes territoriales y conceptuales” (Das y Poole, 2008, p. 20).

Asad (2008) refiere también a la cuestión del margen, retomando la idea de las autoras citadas anteriormente al advertir que son esos espacios donde el derecho estatal y el orden tienen que ser constantemente reestablecidos. En el espacio donde están emplazadas las labores de la organización se producen estos márgenes referenciados. Y comprendemos que los mismos presentan una dinámica, y no solo

un espacio, en la periferia, pues allí se pueden establecer actividades con alguna singularidad que serían impensadas en otros espacios.

La organización está compuesta por familias productoras que trabajan en parcelas de entre una y dos hectáreas. Estos terrenos no están en un continuo sino que entre las parcelas que trabajan los miembros de la organización hay otros productores que no necesariamente realizan el mismo modo de trabajo hortícola y que no participan de la organización.

Si bien en la descripción de los territorios periurbanos y en los espacios de estos con características más rurales hay una generalidad en cuanto al asentamiento de las actividades, nos resulta necesario indicar algunas características de la zona sur del partido donde se encuentra la organización y donde, también, transcurre la vida de sus trabajadores. Aunque no todos ni todas las productoras habitan en el lugar en el que producen, la mayoría de ellos sí lo hace y, los que no, viven en las cercanías.

Estos predios fueron históricamente espacios donde se asentó producción hortícola, según lo que repusimos anteriormente y por los relatos de los productores y productoras. Las prácticas que se desarrollaban en estos estaban orientadas a lo que denominan “agricultura convencional”, es decir que utilizaban semillas compradas en establecimientos forrajeros y aplicaban agroquímicos para el manejo de plagas. Parte de la adopción de ese modelo en la zona hortícola estuvo motorizado por agencias estatales avocadas al tema agropecuario, siguiendo lineamientos de incorporar tecnología y aumentar la rentabilidad.

Los y las productoras, por muchos años, han trabajado de esa manera y a partir de su trayectoria como horticultores han aprendido acerca de ese modo de producir.

Otra de las características de este espacio es que no está constituido solo por productores y predios sino que se emplazan en estas relaciones agentes de instituciones estatales de desarrollo rural, de grupos de investigación y extensión de universidades nacionales, y múltiples relaciones con otras organizaciones de productores que podemos distinguir por el tipo de actividades que realizan (produc-

ción agroecológica o en transición) y por la posición social de los sujetos que las integran (horticultores, productores de pequeña escala, etc.).

A estos agentes, ya sean de universidades nacionales o diversas agencias estatales, podemos pensarlos como *mediadores sociales*, una categoría analítica que tiende a aprehender el papel desempeñado por determinados agentes en la interconexión de universos sociales diferenciados (Cowan Ros y Nussbaumer, 2011, p. 18). Situarlos de esta forma permite explicar por qué discursos relativos a la producción en transición agroecológica y a la comercialización alternativa se produjeron como posibles para estos productores organizados.

Si bien en el sector hortícola en la provincia de Buenos Aires se encuentran organizaciones de productores desde finales de la década de 1980 (Ferraris y Bravo, 2014), en los últimos años emergieron nuevas agrupaciones que recogen diferentes cuestiones, problemáticas y demandas de este sector. Estas demandas se relacionan con la tenencia de la tierra, las tarifas de los servicios, el valor de los arrendamientos y el modo de producir. La movilización de estas demandas ha irrumpido en el espacio público mediante diversos modos de protesta, el más llamativo de los últimos años fue el denominado *verdurazo*¹.

Los reclamos por los precios de los alquileres y el aumento de las tarifas (sobre todo de la electricidad) son dos cuestiones que suelen anunciar los productores y productoras de la organización que visitamos. Sobre todo en los últimos meses del año y en la época de más calor es donde se complica el escenario con reiterados cortes del servicio. La producción es altamente dependiente de la electricidad tanto por el riego como por el lavado de las verduras para su posterior circulación.

¹ A través de esa forma de presentar las demandas del sector, se han manifestado en espacios urbanos donde productores hortícolas organizados montan su producción en plazas o en lugares estratégicos, como cercanías de estaciones de tren, y proceden a regalarla o a venderlas a precios muy bajos en comparación con el mercado. La mayoría de estas protestas fueron organizadas por la Unión de los Trabajadores de la Tierra (UTT) a partir de 2017, pero la modalidad reconoce ascendencias en los frutazos del Alto Valle en 2016 (Marcos y Nosedá, 2019).

En este escenario de transformaciones que configuran los modos de protesta, los reclamos y la emergencia de organizaciones, aparece otra cuestión producida como problemática en torno a cómo se producen las verduras en estos espacios del periurbano en particular y de la horticultura en general.

La producción hortícola en el periurbano bonaerense se ha caracterizado por una alta dependencia de insumos químicos por el avance de la producción bajo invernáculo con un paquete tecnológico altamente dependiente de insumos externos. Esta combinación fue comprendida como un problema tanto por parte de sectores de la academia como de diversas instituciones estatales.

No proponemos aquí analizar la generación de formas alternativas de producción, como la explorada por la mencionada organización, y los dispositivos emergentes. Siguiendo a Appadurai (1991), nos interesa el contexto mercantil en el cual estos bienes adquirieron esta candidatura. El contexto mercantil alude “a las arenas sociales, dentro o entre unidades culturales, que ayudan a vincular la candidatura mercantil de una cosa a la fase mercantil de su carrera” (Appadurai, 1991, p. 31).

Esta alternativa fue la transición agroecológica. La agroecología es planteada por un grupo de autores (Altieri, 2008; Sevilla Guzmán y Soler, 2009; González de Molina, 2011; y Toledo, 2011) como una respuesta a la crisis ecológica en el campo que tiene una vocación transformadora a la vez que reivindica el lugar y fortalecimiento del *campesinado*. Para los promotores de esta corriente, los efectos no deseados de la agricultura industrial a partir del uso de insecticidas a gran escala, la erosión de los suelos, y el desperdicio de agua en los cultivos, junto con la incapacidad de poder dar una respuesta efectiva a los problemas alimenticios del mundo, evidenciaron que es necesaria una nueva forma de producir.

Desde dicha perspectiva, la agricultura industrial propone un modelo apoyado en una ciencia especializada, analítica y reduccionista, tiene una alta dependencia tecnológica, requiere de grandes propiedades de tierra y se basa en la energía fósil mientras pretende dominar los procesos naturales.

La ecología constituye la base donde reposa la agroecología y tiene como objetivo el sistema agroalimentario en su conjunto. Para Sevilla Guzmán (2009, p. 11), uno de los intelectuales más activos dentro de esta corriente, la propuesta trae consigo un enfoque alternativo para el desarrollo rural que encuentra en las técnicas de investigación-acción-participativa su concreción práctica.

Estas visiones acerca de la agroecología como *alternativa* o diferente al modo *convencional*, que algunos representantes de esta corriente denominan “capitalista”, permeó, a partir del trabajo de sus técnicos, en algunas agencias de desarrollo rural. Ciertamente no fue la visión que se produjo como hegemónica pero si fue una acción propuesta como alternativa donde se resaltaron las ventajas de adoptar un modo de producir que no dependiera de los insumos químicos sintéticos.

Patrouilleau et al. (2017) afirman que las políticas a favor de la agroecología se dan en un contexto complejo porque el sistema institucional está orientado al desarrollo de la agricultura competitiva que busca la inserción en el mercado internacional y tiene un gran nivel de dependencia a los insumos. Esta situación constituye una limitación para el desarrollo e implementación de una política agroecológica de corte integral. En la agenda de la política estatal, las autoras encuentran el origen en los aportes del programa Prohuerta, del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria y el Ministerio de Desarrollo Social (INTA-MDS), la consolidación de la agroecología como línea de investigación en el INTA, la producción de la agricultura orgánica destinada a mercados de exportación por parte del Ministerio de Agroindustria y políticas de distintos niveles de gobierno que contemplaron el desarrollo de la producción agroecológica.

76

La transición hacia la agroecología en Argentina tiene ascendencias que se reconocen en instituciones como las que referenciamos anteriormente y, también, en la trama de organizaciones agrarias que surgieron en la década de 1990 para cuestionar el modelo de producción de alimentos con la soberanía alimentaria como perspectiva (Souza Casadinho, 2014).

Desde la organización se empezó la transición hacia la agroecología hace aproximadamente cinco años. A partir de los comentarios de los integrantes, el origen

de este cambio estuvo dado por la orientación que recibían de los técnicos de un programa de desarrollo rural gubernamental que los había alertado de los problemas de salud que trae la manipulación de agroquímicos tanto para ellos como para los consumidores. Se sumaba también que, al no depender de insumos sintéticos, los costos de producir serían menores. Esto tenía un aliciente particular en un contexto donde la inflación iba en aumento por la devaluación del peso frente al dólar.

A partir de estos argumentos, desde la organización se comenzó a ver en esta *alternativa* una ventaja dada por la reducción de los gastos al evitar químicos y por los beneficios que producir sin estos tendría en la salud de los integrantes.

La categoría con la que suelen describir el modo de hacer es *en transición*. Esto se funda en que la adopción de un modelo completamente agroecológico necesita mucho tiempo, porque hay que tener en cuenta que sobre los suelos de las parcelas se han arrojado por muchos años insumos químicos sintéticos y que no todos ni todas las productoras hacen manejo agroecológico de todos sus cultivos.

Empezar con este modelo además implicó nuevos aprendizajes ligados a los *preparados* para evitar el advenimiento de plagas o para tratar enfermedades comunes de los cultivos hortícolas. También se produjeron nuevos planteos con respecto al origen de las semillas que siembran y los plantines que compran.

Otra de las cuestiones a tener en cuenta, y no es menor, es el trabajo. En la producción *convencional* se suele ahorrar tiempo de trabajo ya que la aplicación de algún insumo de amplio espectro para el tratamiento de plagas o enfermedades se hace con menos frecuencia y requiere menos vigilancia. En esto, la mayoría de los productores ven un cambio con respecto a las actividades que realizaban en el pasado y ese cambio se describe como un mayor tiempo de dedicación a las tareas.

Desde el momento que empezamos a realizar trabajo de campo con esta organización ya estaba en marcha esta práctica de transición agroecológica. A partir de esta adopción también se multiplicaron los lazos de este grupo con diferentes instituciones con diversos intereses que se acercaron con objetivos distintos: desde la comercialización o el interés por la calidad del suelo y del agua, hasta las técnicas

y herramientas que utilizan en la producción de forma cotidiana. Nosotros vamos a centrarnos, a continuación, en uno de esos procesos de articulación que incluye horticultores organizados, docentes y estudiantes universitarios y la creación de un dispositivo de diferenciación de productos.

Identificar y segmentar para producir la diferencia

De Oliveira (2011) sostiene que el sujeto ecologista no se constituye de forma unitaria y coherente desde los espacios que pugnan por la producción de este tipo de sujetos. El autor trabajó junto a *agricultores ecologistas* y a una ONG en la zona de Rio Grande do Sul, en Brasil. Estos sujetos estaban al margen de las certificaciones oficiales que hay para productos “ecológicos” –tales como los sellos orgánicos–, y se basaban en sistemas de confianza para movilizar la venta de sus productos. Advierte una cuestión que es de nuestro interés: “la agricultura ecológica y la agricultura convencional son expresiones modernas de puntos de vista edificados a partir de las disputas sociales por la construcción de la realidad social contemporánea. Proceso que también hace emerger nuevos sujetos sociales” (De Oliveira, 2011, p. 80).

Como advertimos, la producción en transición agroecológica que transita la organización de horticultores donde realizamos nuestro trabajo de campo tiene un origen en múltiples vinculaciones que hacen con diversas instituciones estatales tanto educativas como de gestión de políticas. Esta forma de producción resultó de interés para los productores porque no solo cortaba lazos de dependencia con insumos que pagaban cada vez más caros sino también porque presentaba ventajas para la salud (de ellos y de los consumidores) y en relación a la posibilidad de abrir nuevas alternativas de comercialización.

78

Generalmente, los productos hortícolas se venden a mercados concentradores o a intermediarios bajo una forma que denominan *culata de camión*. Este modo de vender implica otra intermediación más en la cadena.

Los productos entonces terminan en grandes mercados acopiadores en los que se encuentran puestos de venta de verduras que en gran parte de los casos perte-

necen también a productores y productoras. Este tipo de mercados abastecen a su vez a las verdulerías que venden a los consumidores minoristas (Grenoville et al., 2019).

Una de las cuestiones a tener en cuenta está relacionada con los precios. Los productores suelen vender sus mercancías a valores muy bajos respecto del precio final que pagan los consumidores. En la cadena de intermediarios que existe desde que sale el producto de una parcela hasta que llega a una verdulería el precio puede llegar a multiplicarse por mucho de su valor inicial. Éste no es un hecho común solo en los productos hortícolas.

Una de las cuestiones que surgieron dentro de la organización estuvo relacionada con estos canales de venta tradicionales. Al adoptar otro modo de producir en el que se pueden movilizar *otros valores*, ligados a la sanidad y al cuidado del ambiente, ¿qué sentido tendría utilizar estos canales de productos indiferenciados? Cabe aclarar en este punto que no han abandonado totalmente la venta a través de mercados concentradores tradicionales sino que han diversificado sus estrategias de comercialización otorgando mayor prioridad a los circuitos alternativos.

La búsqueda de alternativas de comercialización resultó bajo dos modalidades. Una de ellas es la feria, que se realiza tanto en el predio de la organización como en espacios de universidades o predios municipales; la otra estrategia es el armado de un bolsón de verduras comercializado a partir de distintos nodos, originalmente organizados por una institución universitaria (Berger et al., 2019).

La circulación de los productos de la organización por estos canales se hace no solo por los vínculos que se establecieron sino también por la adopción de esta forma de producir que, a su vez, es lo que permite que establezcan nuevas relaciones. Allí la mercancía es promocionada como libre de agroquímicos y se resalta la venta directa o casi directa, del productor al consumidor. Las apelaciones a la salud y al cuidado del medioambiente circulan de forma constante en las ferias y en la difusión para la venta de los bolsones.

Estas formas de comercialización que surgieron a partir de sumergirse en nuevos vínculos con diversas instituciones nos permiten observar la emergencia de un tipo singular de consumidores que busca este tipo de bienes. Para Douglas e Isherwood (1990, p. 72) el consumo es la arena donde la cultura es motivo de disputas y remodelaciones, tiene unas reglas determinadas y –como también aclara Douglas (1973) en otra propuesta– las mercancías sirven para pensar.

Pero producir la diferencia implica algo más que cambiar técnicas y miradas con respecto al quehacer con la actividad agropecuaria, requiere también producir una distinción. Producir una diferencia no radica solo en cambiar una forma de hacer, también debe circular a través de un discurso, un saber, que produzca representaciones que portan valor en tanto generan el reconocimiento y la valoración tanto simbólica como material de esa diferencia.

Las primeras iniciativas que cuestionan la agricultura convencional se desprenden de demandas de productores que centraron su preocupación en la sostenibilidad de la producción y buscaron el reconocimiento de sus productos a partir de la adopción de un modelo de certificación que tiene sus antecedentes en Europa y Estados Unidos al menos desde la década de 1970 (como el caso de la Federación Internacional de Movimientos de Agricultura Orgánica, IFOAM por sus siglas en inglés). Ese reconocimiento fue a partir de la creación de sellos que distinguían este tipo de mercancías sobre otras. Se produjo entonces una discriminación de estos bienes, una forma de jerarquización.

Certificar alimentos bajo diferentes formas (orgánico, biodinámico, de comercio justo etc.) es una práctica que, al menos en Argentina, empezó a crecer a mediados de la década de 1990 cuando se creó el sello de alimentos orgánicos. La certificación orgánica en Argentina fue producida a partir de una ley motorizada por un grupo de productores que hacían agricultura ecológica. La idea fue diferenciar estos productos y se hizo a partir de un mecanismo denominado “de tercera parte”. Esto implica que un tercero (en este caso una certificadora) asegure e indique que la producción es orgánica, que no se usan insumos químicos. En Argentina hay cuatro certificadoras de alimentos orgánicos que venden sus servicios a aquel productor, empresa o emprendimiento que pueda pagarlo y recibe, como contraparte, un sello

que indica que esa mercancía es orgánica. Hay otros modos de diferenciar productos pero éste es uno de los más extendidos donde se indica calidad y, generalmente, son productos que se instalan en el mercado internacional que es donde tienen más demanda. Según el informe de seguimiento de la producción orgánica (Senasa, 2018), la exportación es el principal destino de estos productos, el consumo a nivel nacional es menor al 1%.

Entre los que irían a discutir la cuestión de la certificación de estos procesos junto con la forma de producir y el discurso en que se asienta estarían los integrantes del Movimiento Agroecológico de América Latina y el Caribe (MAELA), que tiene su sección en Argentina. Su discurso moviliza ideas relacionadas con la soberanía alimentaria (MAELA, 2012). Souza Casadinho (2014) registra otras tres organizaciones que han colaborado con la emergencia de la agroecología como alternativa de producción: el Centro Ecuémico de Educación Popular (CEDEPO), que se ubica en la localidad bonaerense de Florencio Varela; el Centro de Estudios sobre Producciones Agroecológicas (CEPAR); y la Red de Agricultura Orgánica de Misiones (RAOM). En este mismo contexto el autor va a mencionar también la importancia que tuvo el programa Cambio Rural Bonaerense que dependió del Ministerio de Asuntos Agrarios de la Provincia de Buenos Aires y movilizó, a través de sus técnicos y técnicas, la propuesta de la agroecología. Asimismo, menciona el surgimiento en 1990 de la Red Argentina de Agroecología.

La búsqueda de la diferencia de los productos agroecológicos no es un sistema de certificación de tercera parte sino un sistema participativo de garantía. Lo que se propone no es una agencia externa al proceso que certifique el producto, sino una construcción colectiva sobre las cualidades de esa mercancía, proceso que observamos durante nuestro trabajo de campo sin habérselo propuesto.

Entre abril y mayo de 2018, una de nuestras visitas al predio coincidió con la de un grupo de profesionales ligados a la agronomía de una universidad nacional. Ellos conocían a algunos integrantes de la organización por la feria y por la vinculación con una cátedra de soberanía alimentaria que se relaciona con la organización hace varios años. Este grupo, que compartió con nosotros la visita entre abril y mayo de 2018, se nucleó en función del armado de un Sistema Participativo de Garantías

(SPG) para que todas las organizaciones que comercializaban en la feria de esa universidad pudieran exhibir sus productos con esta distinción que asegura una mayor visibilidad y más transparencia para el consumidor.

En ese momento que compartimos le dejaron al presidente de la organización unos manuales donde se explicaban los pasos para el SPG. Se detallaban las acciones a seguir, los indicadores que se miran y las variables que se construyen, entre otros aspectos, para diferenciar estas producciones como agroecológicas. En ese primer encuentro pudimos observar algunos comentarios entre los productores acerca del control. Uno de ellos interpelló preguntando si a todos los productores les hacían lo mismo o solo a este grupo. La cuestión de la vigilancia (o la autovigilancia) como disciplinamiento para sus prácticas como agricultores se hacía presente en ese momento.

Pudimos observar la desconfianza de algunos productores hacia los agentes que organizan tanto la feria como este sistema de diferenciación pero los vínculos siguieron y en agosto asistimos a una reunión donde iban a explicar detalladamente en qué consistía este dispositivo. La reunión se extendió toda la mañana de un martes muy frío. Entre presentaciones de Power Point y prolongados silencios asistimos a la descripción de indicadores, variables, procedimientos para realizar el seguimiento y enunciaciones acerca del significado de una garantía participativa.

En ese encuentro empezó a resaltar la importancia de producir confianza entre los productores y los consumidores y los beneficios que podía generar el SPG para los productores de la organización produciendo dicha confianza. Otra de las cuestiones que volvieron a remarcar se estuvo relacionada con el *seguimiento*. Para el sistema de SPG se le asignaba a la organización un grupo que pudiera asistir en forma sistemática al predio para hacer un seguimiento de la producción. Esto volvió a generar rumores entre los productores y aclararon, desde la organización del SPG, que los grupos de seguimiento irían a todos los predios de todas las organizaciones que participaban de la feria.

Siguiendo la propuesta metodológica de Marcus (2001), asistimos a otro de los encuentros en torno a esta temática en el predio de otra organización de produc-

tores y productoras en otra localidad de la zona sur del conurbano bonaerense. Allí se encontraban tres organizaciones de productores y productoras que comercializan en la misma feria. Se hizo un recorrido por el predio y los organizadores del SPG volvieron a comentar la necesidad de llevar adelante la distinción a partir de la participación de todos y todas en la creación del sistema.

Lo que volvió a emerger fue la cuestión de la confianza entre la feria y estos productores agroecológicos o en transición. Algunos resaltaron el carácter casi persecutorio que implicaba este sistema y que no terminaba de quedar claro si todas las experiencias de venta de productos hortícolas con puestos en la feria iban a participar. La confianza, como expresa Zelizer (2009), siempre es asimétrica, pero hay ciertos casos, en lazos de intimidad, donde parece una relación recíproca. Las relaciones basadas en la confianza se actualizaban en cada visita.

Como afirmó De Oliveira (2011), hablar de confianza requiere un análisis de las relaciones que se generan y, por lo tanto, hay que comprenderlas situacional e históricamente. Para que se consoliden este tipo de vínculos la variable temporal resulta imprescindible para el análisis.

Otra de las cuestiones que salieron a la luz en la producción de este sistema de diferenciación de alimentos estribó en el *para quiénes* se produce. Una idea que circulaba de forma naturalizada entre los agentes de la universidad involucrados en este proceso era que quienes compran estos productos son *consumidores conscientes*, sujetos con prácticas diferenciadas de consumo, que buscan calidad, respeto por el ambiente y saber quiénes producen. Así, la cuestión del vínculo productores-consumidores en la creación del SPG cobra centralidad ya que los consumidores también son parte de esta forma colectiva de producir la diferencia y establecer la confianza.

Una de las prácticas que realiza la organización es una asamblea entre productores, consumidores y responsables de nodos de comercialización, al menos dos veces por año. Allí se fijan los precios de los bolsones de verduras que venden de modo tal que cada uno de los implicados conozca la totalidad del proceso de pro-

ducción y distribución y sus costos, incluido el costo de cada intermediación (Berger, 2019).

En el transcurso de nuestro trabajo de campo hemos participado de algunas de estas instancias asamblearias donde pudimos observar cómo se producen y reproducen los lazos de confianza entre consumidores de bolsones agroecológicos y productores. En los registros que realizamos luego de esos encuentros pudimos notar alrededor de qué tema se producía la valoración diferencial de los productos.

Notamos la forma en que la salud y la protección del ambiente aparecen como dos ideas centrales que dan sentido a la elección de estos productos. En una de las últimas reuniones que presenciamos, en un contexto de inflación general agravada en el caso de los alimentos, la cuestión en torno al precio de los productos también los volvía más deseables por parte de los consumidores. Como afirmó Appadurai (2001, p. 60), las mercancías representan formas sociales y de redistribución del conocimiento. En términos generales, el conocimiento puede ser de dos tipos: el conocimiento del artículo que acompaña a la producción de la mercancía y el conocimiento que acompaña al consumo apropiado de esa mercancía.

La valorización por parte de los consumidores de lo que se produce desde la organización estuvo atravesada por otra cuestión que era el bajo precio de estos productos frente a los que se compran habitualmente en la verdulería. El binomio inflación-bajos salarios por el que transitó Argentina a comienzos de 2019 le agregó otro diferencial producido como positivo a las mercancías de la organización pues también resultaban económicas con respecto al resto.

La producción de un sistema participativo de garantías despierta interés en nuestro trabajo porque produce nuevos vínculos entre los diferentes sujetos de la organización, y de ellos con el resto de las agencias por las que están atravesados en su vida cotidiana. Particularmente, el modo de diferenciar productos nos permite indagar acerca de mecanismos que se gestan y se comunican desde un grupo del sistema universitario que implica modos de ser y modos de hacer específicos en la producción de alimentos.

También nos permite indagar sobre la forma en que esos vínculos se actualizan con la generación de mecanismos que implican un tipo de vigilancia específica al modo en que hacen su trabajo cotidiano, y en por qué, a partir de esta situación, encontramos actitudes y acciones de resistencia y/o cuestionamiento.

Como indicamos anteriormente, en este artículo el periurbano se produce en un margen que no solo está marcado por un borde territorial sino también por acciones entre la ilegibilidad y la legibilidad. El SPG viene a producir un modo de hacer legibles un grupo de alimentos por sus características ecológicas, de salubridad y de producción. Este dispositivo habilita pensar la distinción entre productos hortícolas que son en apariencia iguales. Para obtener ese reconocimiento, los productores tienen que movilizar el lenguaje del sistema, no solo las prácticas específicas que transformarían su producto en un *producto agroecológico*. Se construye un dispositivo de legibilidad para crear mercancías con *otros* valores.

Consideraciones finales

Los dispositivos de demarcación y diferenciación de productos hortícolas se crean como resultado de las múltiples vinculaciones que se dan entre productores, técnicos de agencias estatales y organizaciones. Son estrategias que pueden impactar en una mejora de los precios de los productos hortícolas agroecológicos o que están en transición a la agroecología. Las estrategias que se despliegan para distinguir mercancías como la producción de un sistema participativo de garantías nos permiten pensar un contexto particular para los intercambios y también las múltiples relaciones para que esto tenga sentido y se haga posible.

Las agencias estatales, las universidades y las organizaciones de productores están relacionadas a través de diversas cuestiones que atañen a la formación, la regulación y la asistencia, entre otras. En este caso particular, la construcción del dispositivo habilita pensar cómo las distintas posiciones sociales en este sistema tienen sentidos diferentes. Y cómo en esas relaciones la producción de confianza a través de un discurso que produce saberes y prácticas y que genera representaciones buscando reconocimiento y valorización se vuelve una cuestión central.

El SPG es un dispositivo que abreva en la historia de los discursos de la soberanía alimentaria. Muchas organizaciones han pasado por la producción de este sistema que busca dar legitimidad a los productos realizados bajo un modo de producción específica a la vez que se separa de otros modos de diferenciación que se crean por fuera de los lazos entre productores y consumidores.

Para los productores y productoras de la organización formar parte de este entramado en la construcción del Sistema Participativo de Garantías constituye una motivación pero también es vivenciado como una obligación ya que la creación de esta regulación se produce como la razón para seguir comercializando en una de las ferias mejor consideradas por ellos.

Interpretamos al SPG como un dispositivo para disputar la forma de gobernar y regular el consumo y la circulación de alimentos. Los diferentes agentes implicados en el proceso de construcción de dicho dispositivo le imputan a este sistema sentidos diferentes. Para los productores, accionar el SPG cobra sentido en la feria que realizan en la universidad; para los que movilizaron el sello desde esa institución tiene otro sentido. Y para las diferentes organizaciones de productores que comercializan en el mismo espacio, el SPG va a marcar otras distinciones que impactan en otras relaciones: con la academia, con los consumidores y con los agentes de instituciones estatales que atraviesan su vida cotidiana como productores de alimentos.

Seguir etnográficamente la producción del SPG desde las ferias hasta las organizaciones de productores es una estrategia que permite dar cuenta del campo en el que se movilizan discursos y prácticas en torno a la producción de alimentos, y constituye una tarea donde múltiples sujetos se ven involucrados.

Bibliografía

- Altieri, M. (2008.) El papel estratégico de la SOCLA frente a los desafíos y oportunidades para una agricultura sustentable. *Agroecología*, 3, 87-95.
- Appadurai, A. (1991). Hacia una antropología de las cosas. En A. Appadurai, *La vida social de las cosas*. México: Grijalbo.

- Barsky, A. (2010). La agricultura de “cercanías” a la ciudad y los ciclos del territorio periurbano. Reflexiones sobre el caso de la región metropolitana de Buenos Aires. En A. Svetlitz de Nemirovsky (Coord.), *Globalización y agricultura periurbana en Argentina. Escenarios, recorridos y problemas*. Buenos Aires: FLACSO.
- Berger, M. (2019, julio). Ruralidad y agro como problemas de gobierno producidos en el marco de procesos de comercialización alternativos y transición hacia la agroecología. Ponencia presentada en la *XIII Reunião de Antropologia do Mercosul*, Porto Alegre, Brasil.
- Berger, M., Marcos, M., Casco, J., y Ramos Berrondo, J. (2019). Comercialización, organizaciones y problemas de gobierno. Un análisis etnográfico sobre una experiencia en el periurbano bonaerense. *Revista Segunda Época*, (35), 139-152.
- Cowan Ros, C., y Nussbaumer, B. (2011). Trayectoria conceptual de la mediación social: expedicionarios, patrones, políticos y profesionales técnicos en la interconexión y producción de mundos de significados. En B. Nussbaumer y C. Cowan Ros (Eds.), *Mediadores sociales en la producción de prácticas y sentidos de la política pública*. Buenos Aires: Ediciones Ciccus.
- Das, V., y Poole, D. (2008). El Estado y sus márgenes. Etnografías comparadas. *Cuadernos de antropología social*, (27), 19-52.
- De Marco, R. (2012). “Nace una colonia”. El Instituto Autárquico de Colonización de la provincia de Buenos Aires y el caso de la Colonia 17 de Octubre (Florencio Varela, 1946-1955). *Anuario del Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti”*, 12(12), 241-259.
- De Oliveira, V. (2011). A construo do sujeito ecologista e os processos de mediao e resistencia. En B. Nussbaumer y C. Cowan Ros (Eds.), *Mediadores sociales en la producción de prácticas y sentidos de la política pública*. Buenos Aires: Ediciones Ciccus.
- Dirección Nacional de Inocuidad y Calidad Agroalimentaria. Dirección de Calidad Agroalimentaria Coordinación de Productos Ecológicos. (2019, marzo). *Situación de la Producción Orgánica en la Argentina durante el año 2018*. Buenos Aires: SENASA.
- Domínguez, A. (2008). El contexto cultural en la implementación de proyectos de desarrollo rural. El caso del Parque Pereyra Iraola. *Mundo Agrario*, 9(17).
- Douglas, M., e Isherwood, B. (1990). *El mundo de los bienes. Hacia una antropología del onsumo*. México: Editorial Grijalbo.
- Ferraris, G., y Bravo, M. (2014, diciembre). Organizaciones de productores hortícolas del Cinturón Verde de La Plata. *VIII Jornadas de Sociología de la UNLP, Ensenada, Argentina*. En Memoria Académica. Recuperado de: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.4751/ev.4751.pdf.
- Fleita, F., y Almada, C. (2012). *Grupo Agroecológico Las Tres Colonias*. Ponencia presentada en el 4º Seminario Taller Tierra Agua y Bosque Vida, región chaqueña.

- García, M. (2015). Horticultura de La Plata (Buenos Aires). Modelo productivo irracionalmente exitoso. *Revista Facultad de Agronomía*, 114(1), 190-201.
- Genoville, S., Radeljak, F., y Bruno, M. (2019, noviembre). *Informalidad y conflicto de intereses en el abastecimiento mayorista de frutas y verduras del Área Metropolitana de Buenos Aires*. Ponencia presentada en las XI Jornadas Interdisciplinarias de Estudios Agrarios y Agroindustriales, Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina.
- González de Molina, M. (2011). *Introducción a la agroecología*. Valencia: Sociedad Española de Agricultura Ecológica.
- González Maraschio, F. (2018). Factores económicos y extraeconómicos de la renta de la tierra en la interfase rural-urbana del Gran Buenos Aires (1994-2014). *Eutopia*, (14), 111-132.
- Guber, R. (2001). *La etnografía: Método, campo y reflexividad*. Bogotá: Editorial Norma.
- Lins Ribeiro, G. (2007). El sistema mundial no hegemónico y la globalización popular. *Série Antropologia*, 410, 7-23.
- Marcos, M., y Nosedá, C. (en prensa). La Agricultura Familiar y sus organizaciones en la interfase rural-urbana. En F. González Maraschio y F. Villareal (Coords.), *La Agricultura Familiar entre lo urbano y lo rural*. Luján: EdUNLu.
- Marcus, G. (2001, julio-diciembre). Etnografía en/del sistema mundo. El surgimiento de la etnografía multilocal. *Alteridades*, 11(22), 111-127.
- Patrouilleau, M., Martínez, L., Cittadini, E., y Cittadini, R. (2017). Políticas públicas y desarrollo de la agroecología en Argentina. En E. Sabourin, M. Patrouilleau, J. Le Coq, L. Vásquez, y P. Niederle (Orgs.), *Políticas públicas a favor de la agroecología en América Latina y El Caribe*. Brasilia: Red PP-AL, FAO.
- Quiros, J. (2014). Etnografiar mundos vívidos. Desafíos de trabajo de campo, escritura y enseñanza en antropología. *Publicar*, 47-65.
- Sevilla Guzmán, E., y Soler Motiel, M. (2009). Del desarrollo rural a la agroecología. Hacia un cambio de paradigma. *Documentación Social*, (155).
- Souza Casadinho, J. (2014). La agroecología: bases científicas, historia local y estrategias productivas en la construcción de un espacio de desarrollo integral, ético y humano. En V. Hernández, F. Goulet, D. Magda, y N. Girard (Comps.), *La agroecología en Argentina y en Francia, miradas cruzadas*. Porto Alegre: Red PP-AL, FAO.
- Toledo, V. (2011). La agroecología en Latinoamérica: tres revoluciones, una gran transformación. *Revista de agroecología*, 6.
- Zelizer, V. (2009). *La negociación de la intimidad*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.